



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Hasta en la sopa: nacionalismo y regionalismo en la esfera doméstica, 1890-1936

Storm, H.J.; Andreu Miralles, X.

Citation

Storm, H. J. (2019). Hasta en la sopa: nacionalismo y regionalismo en la esfera doméstica, 1890-1936. In X. Andreu Miralles (Ed.), *Vivir la nación: Nuevos debates sobre el nacionalismo español* (pp. 29-55). Granada: Comares. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/3217435>

Version: Publisher's Version

License: [Licensed under Article 25fa Copyright Act/Law \(Amendment Taverne\)](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/3217435>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

XAVIER ANDREU MIRALLES
(Editor)

VIVIR LA NACIÓN
Nuevos debates
sobre el nacionalismo español

GRANADA, 2019

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Esta publicación se enmarca en el Proyecto «Derechas y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto» (HAR2014-53042-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Imagen de portada:
«Recibimiento del Ejército de África en la Puerta del Sol»
Joaquín Sigüenza y Chavarrieta (cerca de 1860)
Óleo sobre tabla
Museo del Romanticismo, Madrid

© Los autores

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-9045-688-0 • Depósito Legal: Gr. 839/2019

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

PRESENTACIÓN	XI
------------------------	----

Xavier Andreu Miralles

PRIMERA PARTE ESPACIOS DE LA NACIÓN

Capítulo I.— JOTAS, PROCESIONES Y ESTAMPITAS. PROCESOS DE NACIONALIZACIÓN EN ÁMBITO LOCAL DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA	3
---	---

Alejandro Quiroga

Capítulo II.— HASTA EN LA SOPA. NACIONALISMO Y REGIONALISMO EN LA ESFERA DOMÉSTICA, 1890–1936	29
---	----

Eric Storm

Capítulo III.— NAUFRAGIO OPERÍSTICO Y LAURO ZARZUELEÑO. LO TRANSNACIONAL Y LA DISPAR SUERTE DE LOS «AIRES ESPAÑOLES» EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX.	55
--	----

Xavier Andreu Miralles

Capítulo IV.— MANERAS DE VER ESPAÑA: CONSTRUCCIONES CINEMATOGRAFICAS DEL TIEMPO Y EL ESPACIO DE LA NACIÓN EN EL CINE MUDO ESPAÑOL	81
---	----

Marta García Carrión

Capítulo V.— A PRUEBA. NACIÓN Y NACIONALIZACIÓN EN ESPAÑA (c. 1978–2018)	105
--	-----

Ferran Archilés

SEGUNDA PARTE LA NACIÓN EN EL CRUCE IDENTITARIO

Capítulo I.— PATRONAS DE LA NACIÓN. DEVOCIONES MARIANAS Y NACIONALISMO EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA	129
---	-----

Francisco Javier Ramón Solans

Capítulo II.— «NO HAY NINGÚN SOLDADO QUE NO TENGA UNA NEGRITA». RAZA, GÉNERO, SEXUALIDAD Y NACIÓN EN LA EXPERIENCIA METROPOLITANA DE LA GUERRA COLONIAL (CUBA, 1895–1898) . . .	153
<i>Albert García-Balaña</i>	
Capítulo III.— EL DON JUAN ESPAÑOL, UN SÍMBOLO POLÉMICO PARA UNA NACIÓN PLURAL (1900–1940)	187
<i>Nerea Aresti</i>	
Capítulo IV.— EL MUNDO RURAL EN LOS DISCURSOS NACIONALISTAS: UNA REFLEXIÓN A PROPÓSITO DEL CASO GALLEGO	213
<i>Lourenzo Fernández Prieto</i>	
<i>Miguel Cabo</i>	
Capítulo V.— ¿CREAR IDENTIDAD NACIONAL DESDE EL INTERNACIONALISMO LIBERTARIO?: CLASE Y NACIÓN EN EL ANARQUISMO ESPAÑOL DE LOS AÑOS TREINTA.	239
<i>M.ª Pilar Salomón Chéliz</i>	

PRESENTACIÓN

Hace un par de décadas los estudios sobre la nacionalización española abandonaron los bastidores en los que se hallaban e hicieron su entrada triunfal en una escena historiográfica en la que desempeñan desde entonces un papel protagonista. El número de proyectos de investigación, tesis doctorales, estudios monográficos u obras colectivas que abordan el nacionalismo español se ha multiplicado. Desde perspectivas no siempre coincidentes, e incluso a veces abiertamente contrapuestas, numerosos investigadores han tomado parte en un productivo diálogo que ha permitido tejer, prácticamente desde la nada, un inmenso tapiz historiográfico desde el que contemplar los ejes básicos de la nacionalización española contemporánea. Son tantas las aportaciones que podrían oportunamente citarse, que cualquier intento de balance historiográfico debe partir del reconocimiento de la imposibilidad de hacer justicia a una producción tan abundante¹.

¹ Véanse, por ejemplo, las múltiples perspectivas aplicadas al estudio del nacionalismo español en algunas obras colectivas de referencia sobre la cuestión de los últimos años como FORCADELL, Carlos; SALOMÓN, Pilar y SAZ, Ismael (eds.), *Discursos de España en el siglo XX* (València: PUV, 2009); ESTEBAN, Mariano y DE LA CALLE, M.ª Dolores (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2010); SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea* (Zaragoza: Premsas Universitaries de Zaragoza, 2011); LÓPEZ FACAL, Ramón y CABO, Miguel (eds.), *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización: estudios en homenaje a Justo Beramendi* (Granada: Comares, 2012); SAZ, Ismael y ARCHILÉS, Ferran (eds.), *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea* (València: PUV, 2012); ARCHILÉS, Ferran; GARCÍA CARRIÓN, Marta y SAZ, Ismael (eds.), *Nación y nacionalización: una perspectiva europea comparada* (València: PUV, 2013); GABRIEL, Pere; POMÉS, Jordi y FERNÁNDEZ GÓMEZ, Francisco (eds.), *España Res publica: nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)* (Granada: Comares, 2013); MORALES, Antonio; FUSI, Juan Pablo y DE BLAS, Andrés (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013); MICHONNEAU, Stéphanne y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (coords.), *Imaginario y representaciones de España durante el franquismo* (Madrid: Casa de Velázquez, 2014); LUENGO, Félix y MOLINA, Fernando (coords.), *Los caminos de la nación: factores de nacionalización en la España contemporánea*

II

HASTA EN LA SOPA.

NACIONALISMO Y REGIONALISMO EN LA ESFERA DOMÉSTICA, 1890–1936

Eric Storm

Leiden University

El nacionalismo no solo se manifestó en la esfera pública mediante estatuas, conmemoraciones y fiestas nacionales, también entró en el hogar. Durante la época revolucionaria el entusiasmo por la soberanía de la nación era compartido en la mesa durante la comida o en los salones con una copa. Se leían poemas nacionalistas o panfletos que llamaban a defender a la patria. Durante la época romántica, en muchas casas —sobre todo las de las clases medias y altas— se adquirían libros sobre la gloriosa historia de la nación y se leían novelas históricas. En el salón o el despacho probablemente había alguna imagen de una escena patriótica o algún recuerdo material de un héroe nacional, y a veces se entonaban canciones patrióticas. Sin embargo, durante gran parte del siglo XIX la nación ocupaba un espacio muy limitado y su celebración en general se limitó a ocasiones especiales. No afectaba al espacio físico, ni a las tareas domésticas. La vivienda, los muebles y las comidas o eran muy sencillos y no se identificaban entonces con un territorio específico o seguían modas internacionales.

Esto empezó a cambiar hacia finales del siglo XIX. Lo más sorprendente fue que tanto los espacios como las prácticas domésticas empezaron a regionalizarse y nacionalizarse casi al mismo tiempo, y esto ocurrió en todas las partes del continente europeo. Por lo tanto, la nacionalización y regionalización del hogar en España no se puede explicar meramente por factores internos, sino que fueron parte de una nueva fase transnacional del proceso de construcción nacional (*nation-building*). Antes de analizar la nacionalización y regionalización de la arquitectura doméstica y de las prácticas culinarias en España, haremos un repaso del estado de la cuestión relativa a la interacción entre regionalismo y nacionalismo.

1. EL DEBATE SOBRE LA RELACIÓN ENTRE REGIONALISMO Y NACIONALISMO ¹

En la inmediata postguerra, basándose en las influyentes teorías de la modernización, se pensaba que los espacios regionales separados o diferentes eran un resto del pasado, un vestigio de los estados compuestos del Antiguo Régimen y que en toda Europa las regiones iban a ser absorbidas por los estados nacionales, que representaban el futuro. Los privilegios y marcos legales regionales ya habían sido sustituidos por leyes nacionales uniformes, mientras que los mercados regionales se iban integrando poco a poco en las economías nacionales. En la política, el ámbito local y regional había sido acaparado por los partidos, el parlamento y el gobierno (y todos ellos operaban a escala nacional). La cultura nacional se había difundido por todo el país a través de la educación, los medios de comunicación y el servicio militar, allanando las diferencias regionales existentes. Por consiguiente, el contexto fundamental para estudiar el desarrollo social, económico y cultural o los acontecimientos políticos era el del Estado-nación ².

Esta interpretación modernista de la sustitución del ámbito local y regional tradicional por el estado nacional moderno se plasmó en el clásico *Peasants into Frenchmen* (1976) de Eugen Weber. En este estudio analizó cómo la modernización del campo francés durante el siglo XIX, combinada con la activa política nacionalizadora de la Tercera República, convirtió a los campesinos en franceses, eliminando poco a poco las fuertes diferencias regionales en el país ³.

Sin embargo, los procesos de nacionalización también tenían sus límites, puesto que no todas las regiones y minorías étnicas fueron asimiladas. Ernest Gellner, en *Nations and Nationalism* de 1983, explicó cómo los movimientos nacionalistas minoritarios también fueron el producto de la modernización. De una manera algo abstracta, el autor de origen checo describió el surgimiento del nacionalismo de los «ruritanos» (los checos en el siglo XIX u otra nacionalidad minoritaria) en el imperio de Megalomanía (léase Austria). Según Gellner, la transición de una sociedad agraria a una sociedad industrial exigía la educación de las masas en una lengua estandarizada. Esto puso en una situación de desventaja a los ruritanos que no hablaban la lengua oficial (en este caso alemán o húngaro), lo que solo se podría remediar asimilándose a la lengua nacional dominante o siguiendo un proceso de emancipación, pasando de ser un grupo étnico marginado a convertirse en una nación ⁴.

Aunque el Imperio Austro-Húngaro se derrumbó en 1918 dividiéndose en nuevos Estados-naciones, otros grupos étnicos o pueblos no obtuvieron su propio Estado. El surgimiento de las pequeñas naciones europeas ha sido estudiado por Miroslav Hroch desde un enfoque modernista parecido en un libro comparativo que originalmente se publicó en 1969. El autor checo distinguió tres fases en la evolución progresiva de los movimientos nacionalistas. En la primera fase, unos pocos intelectuales estudiaban la historia, la cultura y la lengua de una «nacionalidad oprimida». La segunda fase se caracterizaba por la agitación patriótica de un reducido número de activistas, mientras que en la última fase el nacionalismo se convertía en un movimiento de masas ⁵. Aunque Hroch admitió que no todos los movimientos nacionales seguían el mismo orden, y también estudió movimientos «como el eslovaco y el flamenco» que todavía no tenían un estado propio, su teoría presuponía una modernización lineal conforme a un esquema fijo ⁶. En esto coincidió con Weber y, como Gellner, afirmó que solamente aquellas regiones con un grupo étnico diferente tenían posibilidades de mantener «incluso reforzar» su carácter independiente.

En los años setenta autores como Immanuel Wallerstein y Stein Rokkan criticaron el simplismo de las teorías de la modernización existentes, reemplazándolas con un nuevo modelo de centro y periferia. Y esto no solamente lo aplicaron a actores estatales en la escena internacional, sino también a las diferentes partes de un país. Michael Hechter utilizó este modelo en su libro de 1975 sobre la periferia celta de Gran Bretaña, al afirmar que el «colonialismo interno» de Inglaterra había causado el atraso económico de Irlanda y gran parte de Escocia y el País de Gales. Aunque se produjo un importante declive del uso de las lenguas celtas, el autor mantuvo que la opresión impidió la unificación del país y fomentó de hecho el surgimiento de nacionalismos periféricos ⁷. Es decir que la movilización nacionalista no se produjo principalmente para proteger la lengua y cultura «nacional», como postularon Hroch y Gellner, sino como reacción a la «opresión» política y económica. Otros científicos adoptaron los mismos planteamientos y en las décadas siguientes se publicaron numerosos estudios y volúmenes colectivos sobre otras regiones «marginadas» o «infelices» como Bretaña, Córcega y Flandes, que también lograron conservar una marcada identidad regional ⁸.

En España, desde los mismos postulados modernistas, algunos historiadores empezaron a estudiar el surgimiento de los nacionalismos «periféricos». Partiendo del modelo francés analizado por Weber, concluyeron que la conversión de movimientos regionales

¹ Una versión más amplia de este repaso de la historiografía sobre el regionalismo se encuentra en la introducción de STORM, Eric, *La construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania, 1890-1939* (Madrid: Ediciones Complutense, 2019).

² APPLGATE, Celia, «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, vol. 104-4 (1999), pp. 1157-1182.

³ WEBER, Eugen, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France* (Stanford: Stanford University Press, 1976).

⁴ GELLNER, Ernest, *Nations and Nationalism* (Ithaca, Cornell University Press, 1983), pp. 58-62.

⁵ HROCH, Miroslav, *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups Among the Smaller European Nations* (trad. FOWKES, Ben; New York: Columbia University Press, 2000), pp. 22-24.

⁶ HROCH, *op. cit.*

⁷ HECHTER, Michael, *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National Development* (Berkeley; University of California Press, 1975) citado en APPLGATE, «A Europe of Regions», pp. 1165-1166.

⁸ APPLGATE, *op. cit.*, pp. 1166-1171.

en nacionales a finales del siglo XIX y principios del XX no se había producido por una reacción frente a un fuerte impulso modernizador o colonizador desde el centro, como Hechter había diagnosticado para el caso británico, sino por la falta de empuje del proceso nacionalizador español. Autores como Borja de Riquer lo explicaron como una consecuencia de la debilidad del Estado español, que no logró modernizar la sociedad y la economía, ni puso mucho énfasis en la nacionalización de la población⁹. Por lo tanto, hasta finales de los años noventa los historiadores examinaron sobre todo el afianzamiento de los nacionalismos periféricos y la debilidad o el fracaso del nacionalismo español¹⁰. La adopción del término «nacionalismo periférico» —sobre todo a partir de los años ochenta¹¹— sugiere que las teorías de Wallerstein y Rokkan también tuvieron cierto impacto en la historiografía española, si bien era difícil sostener que Cataluña y el País Vasco eran regiones atrasadas económicamente.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XX el debate europeo entró en una nueva fase cuando surgieron interpretaciones innovadoras que socavaron las teorías modernizadoras, que en el fondo equiparaban la región con el particularismo del Antiguo Régimen y el Estado-nación unitario con la modernidad. Inspiradas por el «giro espacial», se publicaron nuevas investigaciones detalladas que analizaban el proceso de nacionalización desde una perspectiva local o regional y no representaban a la población local como sujetos pasivos, complicando así los modelos lineales existentes¹². En el caso francés, autores como Peter Sahlins y Caroline Ford criticaron a Weber por interpretar el proceso de nacionalización como algo impuesto desde arriba al fijarse casi exclusivamente en las actividades de los funcionarios estatales. Sahlins mostró, en su estudio de la frontera entre Francia y España en la comarca pirenaica de la Cerdaña, que poco después de su partición en 1659 los habitantes apelaron activamente a su identidad nacional para exigir favores y privilegios concretos de París y Madrid. De este modo combinaron una fuerte identidad local que se expresó a través del dialecto catalán con su identificación como súbdito/ciudadano francés o español. No obstante, a la larga las ventajas concretas que ofreció el estado galo «en cuanto a oportunidades y recompensas materiales» fueron un fuerte estímulo para que

⁹ RIQUER, Borja de, «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 97–114.

¹⁰ Para el debate véase MOLINA APARICIO, Fernando, «Modernidad e identidad nacional. El nacionalismo español del siglo XIX y su historiografía», *Historia Social*, 52 (2005), pp. 147–171 y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., «Identidades nacionales o identidades regionales en la España del siglo XX: ¿armonía o conflicto?», en SUÁREZ CORTINA, Manuel y PÉREZ VIEJO, Tomás (eds.), *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2010), pp. 298–320.

¹¹ Una búsqueda con «nacionalismo periférico» en Dialnet y Google.scholar deja claro que este término se popularizó solamente a partir de la década de los ochenta.

¹² STORM, Eric, «The Spatial Turn and the History of Nationalism Between Regionalism and Transnational Approaches», en BERGER, Stefan y STORM, Eric (eds.), *Writing the History of Nationalism* (Londres: Bloomsbury, 2019), pp. 215–239.

los habitantes del lado norte de la frontera adoptaran la lengua y cultura francesas¹³. En *Creating the Nation in Provincial France* (1993), Caroline Ford puso de manifiesto que en Bretaña fue sobre todo la movilización política de partidos y asociaciones católicos locales y regionales —que se opusieron a la política anticlerical de la Tercera República— la que convirtió a los habitantes de la región en ciudadanos activos de la nación¹⁴. Según Ford y Sahlins, la nacionalización no era impuesta desde arriba, sino que era la consecuencia de un proceso de negociación entre los actores estatales y la población local y, por lo tanto, los resultados no tenían por qué ser necesariamente idénticos en todas las partes del país.

Anne-Marie Thiesse expuso un planteamiento diferente, ya que no estudió la unificación nacional, sino el surgimiento del regionalismo cultural francés a finales del siglo XIX y principios del XX, aplicando las teorías de Pierre Bourdieu sobre el campo literario. Como Sahlins y Ford, la autora francesa confiere un papel activo a actores provincianos, cuestionando más abiertamente la dicotomía entre nación y región. En *Écrire la France* (1991) examina cómo algunos autores provincianos franceses «que tuvieron que competir en un mercado literario cada vez más competitivo» crearon una nueva literatura regionalista; perfilarse como un escritor regional podía ser una estrategia rentable. Además, el surgimiento de esta nueva literatura regionalista era parte de un «renacimiento de las provincias» más amplio que la autora interpretó como una democratización de la esfera pública¹⁵. En su siguiente libro, *Ils apprenaient la France*, Thiesse deja claro que después de la derrota en la Guerra Franco-Prusiana de 1871, dentro de la política nacionalizadora de la Tercera República se subrayó precisamente el papel de las regiones en la educación primaria. En las clases de geografía e historia Francia se presentaba como una unidad en la diversidad. Estudiando la «patria chica» los alumnos también comprenderían mejor la «patria grande», fomentando así su patriotismo¹⁶. De este modo, puso de manifiesto que la región no desapareció con el surgimiento del nacionalismo, sino que las identidades regionales se fortalecieron conscientemente.

Mientras que hasta entonces los estudios sobre regionalismo se centraban sobre todo en aspectos políticos, sociales y eventualmente económicos y educativos, a principios de

¹³ SAHLINS, Peter, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees* (Berkeley: University of California Press, 1989).

¹⁴ FORD, Caroline, *Creating the Nation in Provincial France: Religion and Political Identity in Brittany* (New Haven: Yale University Press, 1993).

¹⁵ THIESSE, Anne-Marie, *Écrire la France. Le Mouvement littéraire régionaliste de la langue française entre la Belle Époque et la Libération* (Paris: PUF, 1991). Un estudio que combina de una manera similar el estudio del regionalismo literario con el político es: DORMAN, Robert L., *Revolt of the Provinces: The Regionalist Movement in America, 1920–1945* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993).

¹⁶ THIESSE, Anne-Marie, *Ils apprenaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique* (Paris: Maison des Science de l'Homme, 1997).

los noventa se produjo un giro cultural que también se percibe en parte en los trabajos de Thiesse. Un estudio clave en este sentido es *A Nation of Provincials* (1990) de Celia Applegate sobre el Palatinado alemán, que en nada se parecía a las regiones insatisfechas «o los nacionalismos periféricos» que hasta la fecha habían atraído la atención de los historiadores. La autora aplicó las recientes teorías de Benedict Anderson (la nación como una comunidad imaginada) y Eric Hobsbawm (sobre tradiciones inventadas), que presentaron a la nación y su identidad como una construcción social, a un espacio regional. En su libro mostró que la identificación con la región no desapareció con la unificación alemana de 1871. Al contrario, la identidad regional se definió de una manera más elaborada en las siguientes décadas. Las asociaciones regionalistas empezaron a florecer, sobre todo en los centros urbanos. Al fomentar la participación de amplios estratos de la población en la recolección y preservación del patrimonio regional, estas asociaciones tuvieron claras implicaciones democráticas e igualitarias. De esta manera, la identificación con la nación alemana abstracta se fomentaba a través del apego al patrimonio mucho más concreto de la región, desde el folclore, las costumbres, los trajes, las canciones y los bailes tradicionales hasta la artesanía, los edificios típicos y los paisajes locales. Por lo tanto, se anticipa a la conclusión que Thiesse sacaría para el caso francés de que el amor al *Heimat* local estaba íntimamente vinculado a la lealtad a la Patria y que ambos se fortalecían mutuamente ¹⁷.

Su método constructivista —que también era parte de las herramientas del «giro espacial»— ha sido adoptado por muchos otros historiadores y juntos transformaron la interpretación del regionalismo ¹⁸, que se diferencia en cuatro puntos esenciales de las interpretaciones modernistas anteriores. Primero, las identidades regionales, como las nacionales, son construcciones sociales y por lo tanto se reinterpretan y reproducen continuamente. Segundo, los espacios e identidades regionales no están condenados a desaparecer, sino que se fortalecen como consecuencia del proceso de nacionalización. Tercero, una identidad regional destacada no es un privilegio de regiones «infelices» como Escocia, Flandes, Cataluña o Bretaña, donde una parte considerable de los habitantes aspira a ser una nación, sino que también se puede encontrar en regiones como Normandía, Andalucía o Devon, donde la mayoría está «satisfecha» o incluso orgullosa de su pertenencia a una nación más grande. Y cuarto, las identidades regionales y nacionales no se excluyen, sino que en la mayoría de los casos se solapan e incluso se robustecen mutuamente.

¹⁷ APPLGATE, Celia, *A Nation of Provincials: The German Idea of Heimat* (Berkeley: University of California Press, 1990). Véase también CONFINO, Alon, *The Nation as a Local Metaphor: Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871–1918* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1997).

¹⁸ STORM, Eric, «Regionalism in History, 1890–1945: The Cultural Approach», *European History Quarterly*, 33–2 (2003), pp. 251–265.

Todas estas perspectivas innovadoras también fueron introducidas en España. Ya en 1992 José María Fradera defendió la existencia de un doble patriotismo en el caso catalán, puesto que durante el siglo XIX el amor por la región era compatible con la lealtad a la nación española ¹⁹. Y poco después también se publicaron estudios que examinaron la construcción de identidades territoriales en regiones «satisfechas», como por ejemplo Cantabria y Valencia ²⁰.

Todos los estudios mencionados hasta el momento, excepto los de Anne-Marie Thiesse, tienen una región particular como objeto de análisis. En general, los autores explican el desarrollo de los eventos casi exclusivamente desde el contexto regional y nacional específico, ignorando influencias del exterior, lo que da como resultado una colección enorme de trayectorias singulares. De esto modo, adoptan implícitamente un nacionalismo metodológico o incluso un regionalismo metodológico. No obstante, en la última década han visto la luz algunos trabajos sintéticos y varios volúmenes colectivos, tanto en España ²¹ como en el resto de Europa ²², que ponen de manifiesto que la evolución del regionalismo durante los siglos XIX y XX muestra grandes similitudes en las diferentes partes del continente. Por consiguiente, hay que concluir que el regionalismo es un fenómeno transnacional y que su evolución en diferentes etapas no depende tanto de las circunstancias específicas de una región o nación determinadas, como de cambios estructurales en la sociedad, la economía y la política en todo el continente europeo (e incluso a escala mundial) y quizá aún más de las diferentes modas intelectuales y culturales.

¹⁹ FRADERA, Josep María, *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya, 1838–1868* (Barcelona: Curial, 1992).

²⁰ SUÁREZ CORTINA, Manuel, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cántabra* (Santander: Universidad de Cantabria, 1994); ARCHILES, Ferran y MARTÍ, Manuel, «Ethnicity, Region and Nation: Valencian Identity and the Spanish Nation-State», *Ethnic and Racial Studies* 24–5 (2001), pp. 779–797.

²¹ NÚÑEZ, Xosé-Manoel, «The Region as *Essence* of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism (1840–1936)», *European History Quarterly*, 31–4 (2001), pp. 483–518; BRINKMANN, Sören, *Der Stolz der Provinzen. Regionalbewußtsein und Nationalstaatsbau im Spanien des 19. Jahrhunderts* (Fráncfort: Peter Lang, 2005); ARCHILES, Ferran, «“Hacer región es hacer patria”. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración» *Ayer* 64, [La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)] (2006), pp. 121–147; FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.), *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo* (Madrid: CSIC, 2006).

²² THER, Philipp y SUNDHAUSSEN, Holm (eds.), *Regionale Bewegungen und Regionalismen in europäischen Zwischenräumen seit der Mitte des 19. Jahrhunderts* (Marburg: Herder Institut, 2003); COLE, Laurence (ed.), *Different Paths to the Nation. Regional and National Identities in Central Europe and Italy, 1830–70* (Basingstoke: Palgrave, 2007); AUGUSTEIJN, Joost y STORM, Eric (eds.), *Region and State in Nineteenth-Century Europe: Nation-Building, Regional Identities and Separatism* (Basingstoke: Palgrave, 2012); NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y STORM, Eric (eds.), *Regionalism and Modern Europe: Identity Construction and Movements from 1890 to the Present* (Londres: Bloomington, 2018).

2. LA CULTURA DEL REGIONALISMO

La época más interesante y fructífera en cuanto a la construcción de identidades regionales fue sin lugar a dudas el periodo que empezó alrededor de 1890 y duró hasta los años treinta del siglo XX. En épocas anteriores las identidades regionales no suscitaban mucho interés. Durante el Antiguo Régimen las identidades territoriales se subordinaban a las sociales. La revolución francesa impuso la igualdad jurídica de todos los ciudadanos dentro del territorio nacional, convirtiendo la pertenencia a la nación en el factor determinante de los derechos individuales. Sin embargo, las diferencias culturales todavía no eran relevantes.

Esto cambió durante la época posterior, mejor conocida como el Romanticismo. Cada nación debía tener su propia lengua, cultura, historia, folclore y tradiciones, que la distinguían de las demás. Todos estos aspectos juntos constituían el *Volksgeist*, el espíritu popular de la nación. Por lo tanto, filólogos, historiadores y arqueólogos recopilaban o rescataban los restos del pasado de la nación, mientras que literatos, artistas y músicos creaban una nueva cultura nacional²³. Para ello también se utilizaban materiales procedentes de las diversas regiones, pero en general se presentaban como pertenecientes a la nación. Este era el caso por ejemplo de los cuentos recopilados por los hermanos Grimm o las escenas rurales pintadas por François Millet.

Durante la segunda mitad del siglo XIX creció el interés por las particularidades regionales, pero casi siempre dentro de un contexto nacional. En España, por ejemplo, en 1844 se instauraron comisiones provinciales de monumentos, siguiendo el ejemplo de Francia, para hacer un inventario de los monumentos históricos y los tesoros artísticos de cada provincia y fomentar su preservación. Algunas asociaciones locales también empezaron a documentar la historia de su región, pero en general subrayaban su contribución a la grandeza de la nación. Sin embargo, muchos de los tópicos regionales que conocemos en la actualidad se elaboraron durante el periodo que va de 1890 a 1939.

Hay toda una serie de factores determinantes que explican el cambio que se produjo en la consideración de las regiones y sus identidades territoriales a partir de la última década del siglo XIX. Un primer factor crucial es la mejora de las infraestructuras, sobre todo la apertura de nuevas líneas secundarias de ferrocarril que facilitaron el acceso a las partes más remotas del campo. También la extensión de los servicios de correos intensificó la comunicación tanto entre las regiones como dentro de cada una de ellas²⁴. Casi al mismo tiempo la introducción de las bicicletas y poco después de los automóviles incrementó las posibilidades de transporte individual. La integra-

²³ LEERSSEN, Joep, «Nationalism and the Cultivation of Culture», *Nations and Nationalism* 12-4 (2006), pp. 559-578; LEERSSEN, Joep (ed.), *Encyclopedia of Romantic Nationalism in Europe* (Amsterdam: Amsterdam University Press, 2018) y [www.ernie.uva.nl].

²⁴ WEICHLIN, Siegfried, *Nation und Region. Integrationsprozesse im Bismarckreich* (Düsseldorf: Droste, 2004).

ción económica constituye un segundo factor. La creciente competencia mundial, que gracias a la introducción de los barcos de vapor y la refrigeración mecánica afectó especialmente al sector agrario, estimuló la especialización regional y el marketing de productos regionales, desde quesos, vinos y licores hasta productos artesanales y atracciones turísticas²⁵. La urbanización y la creciente autoestima provincial son un tercer factor que está íntimamente relacionado con el cuarto, la extensión del voto y la democratización de la esfera pública, que conjuntamente llevaron al «renacimiento de las provincias» que ha indicado Thiesse²⁶.

Sin embargo, el factor más importante fue una transformación que se produjo en la esfera cultural. Durante el fin de siglo se popularizó de nuevo la idea del *Volksgeist*, aunque ahora no se aplicaba solamente a naciones, sino también a regiones. Cada región tenía su propio espíritu o alma que había que respetar, ya que la salud de la nación dependía del bienestar de las partes. Así surgió lo que en otro lugar hemos definido como la cultura del regionalismo y que se podría interpretar como una nueva fase en el proceso de construcción nacional²⁷. Esta cultura del regionalismo era un producto del clima finisecular y estaba claramente relacionada con el surgimiento paralelo de un nuevo nacionalismo orgánico²⁸.

La existencia de esta cultura regionalista no es una novedad, pues ya existen muchos estudios que testifican su presencia. Desde los años setenta se han publicado trabajos sobre pintores, escritores y arquitectos regionalistas y para el caso español existen incluso estudios sintéticos²⁹. Lo que sorprende, sin embargo, es que estos estudios sobre el regionalismo cultural —escritos por historiadores de arte, literatura y arquitectura— apenas investigan las posibles relaciones entre estos escritores o artistas y los movimientos regionales de la época. Además, ignoran la conexión entre el regionalismo

²⁵ GUY, Kolleen, «Regional Food», en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y STORM, Eric (eds.), *Regionalism and Modern Europe: Identity Construction and Movements from 1890 to the Present Day* (Londres: Bloomsbury, 2018).

²⁶ THIESSE, *Ecrire la France* y APPLGATE, *A Nation of Provincials*.

²⁷ STORM, Eric, *The Culture of Regionalism: Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890-1939* (Manchester: Manchester University Press, 2010). La traducción española se ha publicado como STORM, *La construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania*.

²⁸ STORM, Eric, «The Birth of Regionalism and the Crisis of Reason: France, Germany and Spain», en AUGUSTEIN, Joost y STORM, Eric (eds.), *Region and State in Nineteenth-Century Europe: Nation-Building, Regional Identities and Separatism* (Basingstoke: Palgrave, 2012), pp. 36-57.

²⁹ BERNAL MUÑOZ, José Luis (ed.), *La mirada del 98. Arte y literatura en la Edad de Plata* (Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, 1998); TUSELL, Javier, *Arte, historia y política en España (1890-1939)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1999); MAINER, José-Carlos, «Notas sobre el regionalismo literario en la Restauración: el marco político e intelectual de un dilema», en ENGUITA, José María y MAINER, José-Carlos (eds.), *Entre dos siglos. Literatura y aragonesismos* (Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 2004), pp. 7-28; NAVASCUÉS PALACIO, Pedro, «Regionalismo y arquitectura en España (1900-1930)», *Arquitectura & Vivienda* 3 (1985), pp. 28-36.

y el proceso de nacionalización. Pero hay que admitir que en general los historiadores que se ocupan de los movimientos regionalistas tampoco prestan mucha atención a los aspectos culturales.

Por consiguiente, en el presente trabajo nos fijamos en el ámbito doméstico para mostrar que la cultura del regionalismo no solo era una moda transnacional que influyó en el arte y la literatura, sino que también afectó a la vida diaria de los ciudadanos. Además, de esta manera podemos demostrar que el regionalismo estaba estrechamente vinculado con el proceso de nacionalización. La nación entró en el hogar regionalizando los espacios y las prácticas domésticas. A continuación, nos fijaremos primero en el surgimiento de la arquitectura doméstica para después pasar a la invención de la cocina regional, que se produjo más o menos al mismo tiempo. Las fuentes primarias utilizadas —principalmente prensa, conferencias y libros de cocina— no nos dejan sacar conclusiones muy precisas sobre las «experiencias de nación»³⁰ individuales por parte de los consumidores, pero nos permiten reconstruir la introducción y difusión de la cultura del regionalismo en España.

3. LA REGIONALIZACIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO³¹

A partir de la primera mitad del siglo XIX el nacionalismo empezó a influir en la arquitectura. Primero se estableció un canon de los grandes hitos de la arquitectura nacional. Y, segundo, el estilo de estos monumentos del pasado nacional servían de ejemplo para nuevas construcciones, sobre todo para prestigiosos edificios estatales y monumentos conmemorativos³². Sin embargo, las casas seguían siendo muy simples, al aplicar técnicas constructivas tradicionales o, en el caso del sector más lujoso, seguir modas internacionales. Los pocos arquitectos que se ocupaban de la vivienda privada procedían en general de una manera ecléctica, combinando diferentes estilos históricos. Por lo tanto, un palacete podía tener una fachada neorrenacentista, un salón mudéjar, un comedor neoclásico y una sala de billar gótica³³.

Al final del siglo el mercado de apartamentos en las ciudades, villas en los nuevos suburbios, casas veraniegas en los balnearios y chalets en zonas de montaña creció rápidamente en todo el continente europeo. Justo en este momento surgió la nueva cultura del regionalismo que también afectó a la arquitectura, al parecer primero en Gran

³⁰ ARCHILÉS, Ferran, «Las “experiencias de nación” y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate», *Ayer* 90–2 (2013), pp. 91–114.

³¹ Gran parte de las fuentes primarias utilizadas en el resto del texto también constituyen la base de STORM, Eric, «La nacionalización del hogar en España», *Journal of Iberian and Latin American Studies* 23–2 (2017), pp. 255–275.

³² BERGDOLL, Barry, *European Architecture, 1750–1890* (Oxford: Oxford University Press, 2000), pp. 139–205.

³³ ELEB, Monique, *L'Invention de l'habitation moderne. Paris 1880–1914* (París: Hazan, 1995), p. 436. HERNANDO, Javier, *Arquitectura en España, 1770–1900* (Madrid: Cátedra, 1989), pp. 385–443.

Bretaña, desde donde se difundió rápidamente al resto del mundo³⁴. En España, los primeros en rechazar la dominación del historicismo y el eclecticismo cosmopolita en la arquitectura doméstica a favor de un nuevo estilo que se adaptaba a las tradiciones vernáculas fueron algunos intelectuales jóvenes, entre los cuales los escritores de la generación del 98 tuvieron un papel destacado.

Por ejemplo, en la primavera de 1896, Ángel Ganivet criticó la construcción de una nueva Gran Vía con pisos modernos en el centro histórico de su ciudad natal de Granada. En un artículo del diario *El Defensor de Granada* rechazó la adopción servil de modas internacionales que no concordaban con las tradiciones locales: «No comprendo cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad [y] cómo la portería ha matado el patio andaluz». También rechazó el historicismo arquitectónico existente, reprobando «el señorón adinerado que manda construir un palacio en que se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen, porque hablan una lengua extraña que nosotros no comprendemos». No había que estudiar la arquitectura en los libros, sino en el entorno inmediato, ya que «cada país tiene un estilo arquitectónico propio que se descubre en las construcciones pobres, en que lo natural está poco transformado por el arte». Por lo tanto, era necesario seguir las tradiciones locales y construir casas con un patio y un huerto, como los cármenes que eran tan típicos de Granada. «La naturaleza dotó nuestro suelo con espléndida vegetación, y nuestro primer movimiento fue aprovecharla, y nació lo que es típico de nuestra arquitectura: el enlace de las construcciones con las flores y las plantas». Y prosigue «la casa de la ciudad, nuestra antigua casa, no era casa de apariencias, de mucha fachada y poco fondo: era casa de patio. El arranque decorativo más audaz que registran las historias es la reja, la ventana o el balcón adornados con tiestos de flores»³⁵.

Estaba claro que Ganivet estaba a favor de las casas tradicionales y en su siguiente artículo propuso «la concesión de primas a los que construyan edificios de estilo local» para así contribuir a que las plazas, calles y paseos de Granada adquiriesen «un aire propio dentro de la unidad del espíritu local»³⁶. Por lo tanto, Ganivet no quería una arquitectura nacional homogénea. No partía de la idea de un espíritu popular (*Volkgeist*) único; al contrario, cada lugar y región del país tenía sus propias características que se habían formado en la interacción con el clima y el entorno físico y que eran muy diferentes en las diversas zonas del país³⁷.

³⁴ STORM, *La construcción de identidades regionales*, pp. 89–204; LOYER, François y TOULIER, Bernard (eds.), *Le Régionalisme, architecture et identité* (París: Editions du Patrimoine, 2001).

³⁵ GANIVET, Ángel, *Granada la Bella* (1896) en: *idem, Obras Completas* (Madrid: Aguilar, 1962) vol. I, pp. 123–127.

³⁶ GANIVET, *Granada la Bella*, vol I, pp. 135–136.

³⁷ Véase también AZORÍN, «La arquitectura», *ABC*. 9–7–1909, p. 6.

Los arquitectos tardaron algún tiempo en adoptar la nueva moda regionalista. Pero en 1910, Manuel Aníbal Álvarez, profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, afirmó en su discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes que cada país tenía su clima, sus tradiciones y sus costumbres. Por consiguiente, no era lógico importar estilos arquitectónicos del extranjero, al contrario, era «razonable que cada país y cada localidad» tuvieran «su arquitectura especial». El autor dijo que España tenía que desarrollar una nueva arquitectura propia basándose en las tradiciones constructivas del país, adaptándola a las circunstancias concretas actuales. También afirmó que «en toda nación, atendiendo a que en toda ella rigen las mismas leyes y la familia está constituida de idéntica manera y dentro de esta unidad, vendrían las variantes impuestas por el clima, la importancia más o menos grande de la localidad y como estas leyes, este modo de vivir nuestro es muy diferente al de anteriores edades y a la actual de otros países, la Arquitectura resultaría moderna y nacional en su conjunto»³⁸. En los años siguientes este sería el tema principal de debate entre los principales arquitectos españoles: cómo regenerar la arquitectura nacional tomando en consideración las diferencias regionales del país³⁹.

Las nuevas ideas también tuvieron consecuencias prácticas. En Sevilla parece que adoptaron los consejos de Ganivet, cuando en 1910 el concejal conservador Francisco Javier de Lepe propuso eximir de tributos la reforma de fachadas de casas para que se ajustasen «al estilo del país» y dos años más tarde el ayuntamiento organizó incluso un concurso de fachadas de «estilo sevillano»⁴⁰. Al mismo tiempo, el marqués de la Vega Inclán, el Comisario Regio de Turismo y Cultura Artística, tomó la iniciativa de rehabilitar el Barrio de Santa Cruz. El arquitecto Juan de Talavera le ayudó a convertir un decaído distrito popular en el barrio sevillano por excelencia. Se adoquinaron las calles y se añadieron jardines y plazuelas, todo en el más típico estilo andaluz. Incluso las casas nuevas que se construyeron eran más típicas que las existentes. El antiguo barrio medieval se hizo entonces más sevillano «y, por consiguiente, más español» que nunca⁴¹. El proceso se repetiría en cierto modo en Barcelona, donde se creó el Barrio Gótico, haciéndolo mucho más típico de lo que era⁴².

³⁸ ÁLVAREZ, Manuel Aníbal, «Lo que pudiera ser la arquitectura española contemporánea», *Arquitectura y Construcción* 14 (1910), pp. 144–148.

³⁹ ISAC, Ángel, *Ecléctico y pensamiento arquitectónico en España. Discursos, revistas, congresos 1846–1919* (Granada: Diputación Provincial de Granada, 1987), pp. 224–250 y 333–355.

⁴⁰ VILLAR MOVELLÁN, Alberto, *Arquitectura del regionalismo en Sevilla. 1900–1935* (Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1979), pp. 186–187.

⁴¹ MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa, *El Marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España* (Madrid: Ministerio de Industria, Turismo y Comercio, 2007), pp. 178–203.

⁴² CÓCOLA GANT, Agustín, *El Barrio Gótico de Barcelona. Planificación del pasado e imagen de marca*, (Barcelona: Madroño, 2011).

Durante la primera década del siglo XX arquitectos como Leonardo Rucabado y Manuel Smith Ibarra en el País Vasco y Cantabria, y Aníbal González Álvarez en Andalucía ya estaban construyendo sus primeras casas regionalistas, inspirándose claramente en las tradiciones vernáculas, mientras intentaban integrar sus construcciones en el paisaje y el contexto histórico. Tal vez el más meticuloso de la nueva hornada de arquitectos regionalistas era Rucabado, quien recorrió durante años su provincia natal de Santander para tomar notas y hacer dibujos y fotografías tanto de las construcciones populares como de edificios monumentales y casas solariegas con el objetivo de incorporar elementos tradicionales en sus propios diseños. Lo que en general hicieron estos arquitectos era escoger casas, techos, balcones, portales y demás elementos pintorescos que no se encontraban en otros sitios, los declaraban típicos de la región, y utilizaban materiales naturales como ladrillo, madera y azulejos de procedencia local y si era posible empleaban artesanos tradicionales de la región. Las villas y chalets en un estilo regionalista tuvieron mucho éxito entre un amplio público de clase media alta y en pocos años los barrios nuevos de ciudades como Bilbao, Santander y Sevilla y de los balnearios en la costa vasca y cántabra pasaron a ser más típicos que nunca. En Sevilla, entre 1916 y 1932 más de la mitad de las nuevas construcciones se podrían clasificar como regionalistas⁴³.

Aunque estas construcciones en un estilo neovernáculo reforzaran las diferencias regionales, también era más fácil distinguir el país de sus vecinos, ya que las casas adquirieron un aire más español. La intención nacionalista era aún más visible en las nuevas ciudades jardín «otra invención inglesa de finales del siglo XIX» donde se construían casas para las clases medias y bajas en estilos regionalistas⁴⁴, para vincular así a sus habitantes con el terruño de la patria.

Hojeando revistas especializadas como *Arquitectura y Construcción*, *Arquitectura*, *La Construcción Moderna* y *Cortijos y Rascacielos*, se pone de manifiesto que en las décadas de 1910 y 1920 el regionalismo se convirtió en el estilo dominante de la arquitectura doméstica, sobre todo de villas, chalets y casas de campo. En revistas de arte y aquellas dirigidas a un público general también se podían encontrar muchos artículos sobre este tipo de casas regionalistas. Por ejemplo, a mediados de los años veinte, la revista ilustrada *El Mundo en auto* tenía una sección titulada «La casita soñada» que hacía una breve reseña de una construcción nueva, generalmente un chalet o una casa de campo de estilo regionalista. En estos artículos se ponía de manifiesto que el arquitecto

⁴³ NAVASCUÉS PALACIO, «Regionalismo y arquitectura», pp. 28–36; ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, Miguel Ángel, *Leonardo Rucabado y la arquitectura española 1875–1918* (Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2016); VILLAR MOVELLÁN, Alberto, *Introducción a la arquitectura regionalista. El modelo sevillano* (Córdoba: Universidad de Córdoba, 2007), pp. 471–484.

⁴⁴ URRUTIA, Ángel, *Arquitectura española del siglo XX* (Madrid: Cátedra, 1997) pp. 197–205; GÓMEZ, Ana Julia, «La imagen de la vivienda obrera, la tipología de las casa baratas en Bilbao», *Bidebarrieta*, 15 (2004), pp. 173–201.

también se preocupaba de integrar la casa en su entorno natural. Era muy importante la orientación de la casa, para protegerse del viento, la lluvia y la nieve y aprovechar la luz del día. Los distintos materiales naturales, los colores y las formas pintorescas tenían que armonizar con la naturaleza circundante. Los pórticos, terrazas, balcones, ventanas y miradores se ubicaban estratégicamente para tener las mejores vistas sobre el paisaje y facilitar el acceso al jardín. La distribución de las habitaciones debía fomentar de manera orgánica la vida familiar. En general, la casa estaba organizada alrededor de un *hall* acogedor, mientras que para mayor comodidad la cocina estaba al lado del comedor. La cocina tenía una entrada aparte, para que el carbonero y el basurero no tuvieran que entrar en la casa, y los sirvientes tenían una habitación algo alejada de la familia, de modo que esta pudiera mantener su privacidad⁴⁵.

En la mayoría de los casos los arquitectos también diseñaron el interior y a veces incluso los muebles, todo en el mismo estilo regionalista. De algunos textos podemos deducir que este espacio doméstico regionalizado debía fomentar las buenas costumbres de los habitantes. Es obvio que esto conllevaba también una división «tradicional» de tareas entre varones y mujeres. En un largo artículo que apareció en julio de 1926 en *El Mundo en Auto*, el autor anónimo puso las cocinas rurales tradicionales como ejemplos edificantes para los lectores. Según el subtítulo, la cocina «rica o pobre, espaciosa o miserable, pero siempre conmovedora» era «el verdadero símbolo de la vida doméstica en el campo». Ocho fotografías de cocinas rurales de diferentes regiones españolas daban una imagen de este «santuario familiar». Desde la Edad Media, el «hogar, con el complemento de la gran campana que la cobija es la casa, la familia, la tradición, porque a su alrededor, bajo la protección de la ancha chimenea, van pasando las generaciones que representan la vida de cada pueblo». El autor dibujaba una imagen idealizada del pasado, en la que cada uno conocía su sitio y trabajaba sin quejarse. En estas cocinas «es donde tras el rudo trabajo cotidiano se reúnen padres e hijos; allí, donde el abuelo preside la familia; allí, donde la madre cuida o amamanta a sus hijitos, sin abandonar por un momento la preparación de la comida para los grandes; allí, en fin, es donde echan los esposos sus planes para la conservación de la casa y la defensa de sus intereses. Y toda esa vida que corre hacia la eternidad es presidida por el fuego y por la gran chimenea que, como un dosel, cubre el trono de la familia mantenedora de la patria que la ciudad allá a lo lejos quiere destruir con su cosmopolitismo y brillo embriagador»⁴⁶. Es obvio que el autor opinaba que una cocina acogedora decorada conforme a las tradiciones seculares regionales, con azulejos y muebles tradicionales, con cazos de cobre y platos de barro, estimularía la vida familiar y de esta manera contribuiría a la rectitud moral de todos sus miembros en beneficio del conjunto de la patria.

⁴⁵ «La casita soñada. La casa de veinticinco mil pesetas», *El Mundo en Auto*, 14 (mayo 1925), pp. 9–10. Véase también STORM, *La construcción de identidades regionales*, pp. 89–204.

⁴⁶ «Cocinas rurales», *El Mundo en Auto*, 16 (julio–agosto 1925), pp. 193–196.

Esta íntima conexión entre arquitectura regionalista, moralidad personal, vida familiar «tradicional» y la grandeza de la patria se puso de manifiesto sobre todo en los artículos dedicados a los proyectos para fundar una ciudad jardín. Cada casa, incluso las más modestas, debía tener un baño para fomentar la higiene corporal, habitaciones separadas para hijos e hijas y un jardín que sirviera como lugar de recreo, tanto para los hijos como para los padres. De esta manera, los niños podrían desarrollarse libremente y los mayores no sentirían la necesidad de buscar divertimento en la taberna y el alcohol. La casa de estilo regionalista debía ser acogedora y constituir el ambiente ideal para una familia unida, sana y feliz, que de esta manera podría funcionar como «la columna de la gran sociedad nacional»⁴⁷. Hilarión González del Castillo afirmó incluso en un artículo de *La Construcción Moderna* que al transformar al obrero en «propietario de un pedazo de terreno y hacerlo pequeño agricultor» —que era el objetivo de una ciudad jardín y de la Ciudad Lineal de Madrid—, se podrían resolver las grandes plagas sociales del momento, como la emigración, el alcoholismo, la criminalidad, la incultura, la prostitución, la tuberculosis y las luchas sociales⁴⁸.

4. LA REGIONALIZACIÓN DE LAS PRÁCTICAS DOMÉSTICAS

El impacto del nacionalismo en las prácticas domésticas, sobre todo en la cocina, tardó algo más en manifestarse. Durante la edad moderna, los pobres comían lo que se podían permitir, mientras que la aristocracia seguía las pautas que venían de la corte francesa de Versalles. Obviamente, los que viajaban eran conscientes de las diferencias territoriales en los productos usados y la manera de prepararlos —muchos extranjeros que visitaban España se quejaban del predominio del ajo, los garbanzos y los fritos⁴⁹—, pero solamente en Inglaterra y los Países Bajos surgieron unas tradiciones culinarias unificadas. Esto se debía a la existencia de una agricultura comercial que permitió la estandarización de ciertos alimentos y de unas clases medias numerosas que podían permitirse un menú modesto y variado⁵⁰.

Como la cocina era parte de la esfera doméstica y no de la alta cultura, durante gran parte del siglo XIX los nacionalistas no se preocuparon de ella, con la única excepción de Francia, ya que la alta cocina tenía su centro en Versalles y París y dependía fundamentalmente de la monarquía y la aristocracia. Pero tanto una como otra fueron des-

⁴⁷ «La casita soñada. La ciudad-jardín de Vallellano», *Revista de Oro*, 20 (marzo 1926), pp. 250–251.

⁴⁸ CASTILLO, H.G. del, «Ciudades jardines y ciudades lineales (conclusión)», *La Construcción Moderna*, 12 (1914), pp. 43–44. Véase también, REPULLÉS, Enrique María, «La ciudad jardín». *La Construcción Moderna*, 18 (1920), pp. 38–41.

⁴⁹ NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael, *Con la salsa de su hambre. Los extranjeros ante la mesa hispana* (Madrid: Alianza, 2004).

⁵⁰ LAUDAN, Rebecca, *Cuisine and empire: Cooking in world history* (Berkeley: University of California Press, 2013), pp. 207–235.

tronadas durante la revolución francesa. En la nueva sociedad capitalista los cocineros encontraron una nueva clientela en las clases adineradas que visitaban los restaurantes y hoteles de lujo que aparecieron en todas las grandes urbes durante el siglo XIX. Chefs como Marie-Antoine C  reme y Auguste Escoffier se perfilaron como profesionales modernos y presentaron su arte como una tradición nacional francesa. Esto se convirtió en todo un éxito y cocineros, restaurantes y libros de cocina exportaron la cocina francesa a todas las partes del mundo civilizado ⁵¹.

La hegemonía de la cocina francesa empezó a derrumbarse poco a poco con el desarrollo de las clases medias hacia finales del siglo XIX. Con ellas emergió una nueva demanda de platos variados, pero menos elaborados, y menús más sencillos. Al mismo tiempo, el surgimiento de la sociedad de consumo trajo una creciente variedad de productos. Los nuevos libros de cocina, dirigidos sobre todo a amas de casa, cursillos y revistas femeninas crearon de hecho nuevas comunidades culinarias nacionales y los platos nacionales estandarizados también se incluyeron en el menú de los restaurantes baratos ⁵². Sin embargo, la nacionalización de la cocina no solo era el producto de la modernización socio-económica, también tuvo un papel crucial el proceso de construcción nacional, que hacia finales del siglo XIX comenzó a dirigirse a capas más amplias de la población, incluyendo a las mujeres ⁵³. En España, el empuje nacionalizador de algunos intelectuales se combinaba con la demanda por parte de una clase media todavía bastante débil.

El interés por la cocina nacional empezó a raíz de un debate en la *Ilustración Espa  nola y Americana*, la principal revista ilustrada del país. En la primavera de 1876, un tal Doctor Thebussem pidió en una carta abierta «Al Señor Jefe de las Cocinas de S.M. el Rey de España» que los menús de palacio ya no se escribieran en un mal francés, sino en el idioma nacional y que el plato nacional, la olla podrida, debía figurar en ellos. Poco después «un cocinero de S.M.» le contest   en la misma revista, iniciando as  i una copiosa correspondencia que en 1888 se publicó en forma de libro con el título de *La mesa moderna* ⁵⁴. Los verdaderos autores eran Mariano Pardo de Figueroa, un erudito andaluz, y su amigo José Castro y Serrano, un periodista madrileño del entorno de Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza ⁵⁵.

⁵¹ FERGUSON, Priscilla Parkhurst, *Accounting for taste: The triumph of French cuisine* (Chicago: Chicago University Press, 2006).

⁵² LAUDAN, *Cuisine and empire*, pp. 248–306.

⁵³ STORM, Eric, «The Nationalization of the Domestic Sphere», *Nations and Nationalism*, 23–1 (2017), pp. 173–193.

⁵⁴ THEBUSSEM DR. y un cocinero de S.M., *La mesa moderna. Cartas sobre el comedor y la cocina* (Madrid: Fernando Fe, 1888), pp. 23–25.

⁵⁵ ANDERSON, Lara, «The unity and diversity of *La olla podrida*: an autochthonous model of Spanish culinary nationalism», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 14 (2013), pp. 400–414; AFINOUGUENOVA,

Ambos constataron que en España se seguía «como en toda Europa» la cocina francesa. Sin embargo, lo más preocupante era que no existía un buen conocimiento de la cocina espa  nola. El cocinero de Su Majestad se quejaba de que todos los pueblos tenían un plato nacional uniforme y definido «el *pot-au-feu* francés, el *roast-beef* inglés, el *risotto* italiano y hasta los marroquíes tenían “el alcuzcuz”» que se podía comer en todas las partes del país, mientras que en España la cocina estaba «federada»: «La olla podrida de Extremadura no es el puchero de Andalucía, ni una y otra son el cocido de Castilla, ni en Cataluña, Asturias, Galicia y las Vascongadas pueden comerlo los transeúntes con la tranquilidad y el gusto de su misma tierra». El Doctor Thebussem tendría como erudito extranjero —se suponía que era alemán— la distancia crítica necesaria como para reunir en un libro los platos t  picos de cada parte del país. «Apenas hay una comarca en España que no cuente con una especialidad de cocina digna de figurar en las mesas de los palacios. Pidamos a cada punto su receta, y formemos un repertorio de manjares ilustres espa  nolos». El doctor estaba de acuerdo con su amigo en la necesidad de hacer una colección de las mejores recetas para de esa manera establecer «la unidad gastronómica de la Península» ⁵⁶. Sin embargo, ni el Doctor ni el cocinero del Rey se pusieron manos a la obra.

Mientras tanto, los libros de cocina y las revistas femeninas de finales del siglo XIX y principios del XX seguían empe  nadas en divulgar la cocina cosmopolita. Como respuesta a las preguntas de las lectoras en rúbricas como «Correspondencia particular» de *La Moda Elegante* y «De todos a todos» de *El Hogar y la Moda*, la redacción daba muchas recetas y casi todas provenían de la cocina francesa ⁵⁷. En el fondo, estas revistas querían enseñar a las mujeres espa  nolas —obviamente se dirigían sobre todo a un restringido público de señoras y señoritas de las clases acomodadas— cómo comportarse de manera civilizada. Esto implicaba seguir las modas francesas no solamente en la comida, sino también en la etiqueta, la ropa y el comportamiento. El mensaje que se divulgaba en estas revistas era que una buena mujer espa  nola debería saber vestirse y comportarse según los estándares internacionales, que se determinaban sobre todo en París. La cocina y etiqueta internacionales también marcaron la pauta en un libro de cocina de éxito como *El practic  n. Tratado completo de cocina al alcance de todos* de   ngel Muro (1894), que hasta 1928 tuvo nada menos que 28 ediciones ⁵⁸.

Eugenia, «An organic nation: State-run tourism, regionalism, and food in Spain, 1905–1931», *Journal of Modern History*, 86–4 (2014), pp. 743–779.

⁵⁶ THEBUSSEM y un cocinero, *La mesa moderna*, pp. 178–180, 196 y 200–201.

⁵⁷ Véase por ejemplo *La Moda Elegante* (14–01–1918); *El Hogar y la Moda* (23–01–1916).

⁵⁸ MURO,   ngel, *El practic  n. Tratado completo de cocina. Al alcance de todos y aprovechamiento de sobras* (5.   ed. Madrid: Miguel Guijarro, 1894). Véase también: ANDERSON, Lara, *Cooking up the nation: Spanish culinary texts and culinary nationalization in the late nineteenth and early twentieth century* (Woodbridge: Tamesis 2013), pp. 70–94.

Mientras que en moda se seguían las últimas tendencias internacionales, en cocina se inició un cambio gradual. Ya en marzo de 1902, para celebrar el reciente éxito de *Camino de perfección*, una de las novelas clave de la generación del 98 escrita por Pío Baroja, Azorín organizó un pequeño homenaje. Para distinguirse de los autores mayores, no lo hizo en uno de los restaurantes refinados, sino en un mesón popular, donde les fue servido un «yantar» con platos tradicionales como cordero asado y una «cazuela de arroz con desposos». Los cubiertos eran de madera y el vino de Valdepeñas se tomaba en vasos de barro⁵⁹.

La primera persona en hacer un inventario de las mejores recetas españolas, como había pedido el amigo del Doctor Thebussem, fue una autora de una generación anterior: Emilia Pardo Bazán. En *La cocina española antigua*, que fue publicada en 1913 en la Biblioteca de la Mujer, compiló recetas tradicionales de toda España, ordenándolas según el tipo de plato, empezando por los caldos y concluyendo por los postres. Aunque parecía apreciar las diferencias regionales, casi nunca dio indicios de la procedencia geográfica de las recetas. De esta manera construyó —o quizá se podría decir que inventó— la cocina española, ya que todos los platos mencionados acabaron formando parte de una única cocina nacional⁶⁰.

En el prólogo, Pardo Bazán dejó claro que la cocina era un documento etnográfico, con muchas variantes regionales, en el cual se expresaba el espíritu popular de una nación. «Cada época de la Historia modifica el fogón, y cada pueblo come según su alma, antes tal vez que según su estómago». Y esto también era así en su país. La íntima conexión entre la cocina, la tierra y las costumbres del pueblo le otorgaban sus características únicas. «La cocina española puede alabarse de sus sabores fuertes y claros, sin ambigüedad de salsas y de aderezos; de su pintoresca variedad según las regiones; de su perfecta adaptación al clima y a las necesidades del hombre, a su trabajo y a su higiene alimenticia; y de una tendencia vegetariana, debida quizá a las ideas religiosas [aquí se refería a la Cuaresma] y al calor». Según la condesa, en cuanto al pescado, las frutas, los jamones, el arroz y los embutidos, España no tenía nada que envidiar a nadie. La cocina española era la que mejor se había adaptado a los productos del país y las costumbres de sus habitantes y, por lo tanto, «la base de nuestra mesa, por ley natural, tiene que reincidir en lo español». Para ello, había que «apresurarse a salvar las antiguas recetas»⁶¹, que poco a poco estaban desapareciendo, poniendo de manifiesto así que según ella ya existía una cocina nacional, solo había que desvelarla.

⁵⁹ GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Azorín* (Buenos Aires: Losada, 1948), pp. 128–129.

⁶⁰ PARDO BAZÁN, Emilia, *La cocina española antigua* (Madrid: Renacimiento, 1913). Véase también: ANDERSON, *Cooking up the nation*, pp. 95–120 e INGRAM, Rebecca, *Spain on the table: Cookbooks, women, and modernization* (Tesis doctoral: Duke University, 2009), pp. 20–141.

⁶¹ PARDO BAZÁN, *La cocina española antigua*, pp. III–VI.

Pardo Bazán también afirmó que había que adaptar «los guisos extranjeros a la mesa española» y para este fin publicó ese mismo año *La cocina española moderna*⁶². Aunque en el prólogo alabó a algunos aristócratas madrileños por servir «callos a la madrileña» o «ruedas de chorizo», en el libro incluía pocas recetas españolas. Lara Anderson ha afirmado que la escritora, igual que Ángel Muro, ponía mucho énfasis en los buenos modales, que provenían de París. Había que combinar diferentes platos refinados en un orden armónico y presentarlos de una manera elegante. Una buena española debía saber comportarse de manera civilizada y preparar una comida respetable a sus invitados. Sí, había que utilizar productos que se encontrasen fácilmente en España. Como era difícil comprar mantequilla de buena calidad aconsejaba utilizar «el aceite andaluz o la manteca de cerdo»⁶³. Sin embargo, los fritos y las «tortillas a la española», que eran tan típicos de la cocina nacional, no se podían servir en «un banquete de etiqueta», aunque sí era posible en «almuerzos de mucha confianza»⁶⁴.

Algunos años más tarde parece que sus opiniones se habían radicalizado, y subrayó sobre todo los deberes patrióticos de la mujer. En una conferencia pronunciada en la Escuela del Hogar de Madrid en diciembre de 1916, la escritora dijo que la Primera Guerra Mundial había demostrado que la idea de la patria era una realidad inmensa, era «algo natural y orgánico como la circulación de la sangre», y las mujeres tenían un papel fundamental a la hora de fomentar la salud de la nación. Lo primero «que hay que inculcar a la mujer es la idea de la Patria». El hombre tiene el deber de dedicar su vida al progreso de la patria y no desusar o malgastar su energía cometiendo vicios, pero lo mismo se espera de la mujer, ya que «la Patria está en las cunas como en los Parlamentos»⁶⁵. Por lo tanto, Pardo Bazán afirmaba que había que nacionalizar el hogar: «El hogar sirve a la Patria de base y colectivamente de núcleo, pero la Patria ha de estar presente en el hogar en toda hora, como en la escuela y en el taller». Pero esto no quería decir que la mujer no tuviera que salir. Influida claramente por el darwinismo social que estaba tan en boga, defendió la necesidad de la educación física para las mujeres. Si se encerraban en casa provocarían que «decayese la raza». La voluntad de vivir impone «la lucha, la defensa tenaz y ardiente» y está claro que los futuros soldados solo pueden nacer de madres sanas y fuertes, que además deben enseñar disciplina a sus hijos. Por tanto, el hogar es «la entrada misma de la nacionalidad»⁶⁶. Hasta aquí, la condesa se

⁶² PARDO BAZÁN, Emilia, *La cocina española moderna* (Madrid: Renacimiento, 1913), p. I.

⁶³ PARDO BAZÁN, *op. cit.*, pp. IV–VII; ANDERSON, *Cooking up the nation*, pp. 108–116.

⁶⁴ PARDO BAZÁN, *op. cit.*, pp. 55 y 61; ANDERSON, *op. cit.*, pp. 108–118.

⁶⁵ PARDO BAZÁN, Emilia, «Conferencia de la Excma. Sra. Condesa Pardo Bazán (día 3 de diciembre de 1916)», en *Conferencias dadas en la Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer. Curso de 1916 a 1917* (Madrid: Cleto Vallinas, 1916) pp. 86–89.

⁶⁶ PARDO BAZÁN, *op. cit.*, 93–97.

ajustaba a lo que podemos encontrar en estudios corrientes sobre el impacto del nacionalismo en el sexo femenino⁶⁷.

No obstante, Pardo Bazán no se limitaba a defender el papel de la mujer en cuestiones como parir y educar nuevos ciudadanos disciplinados. Para crear una nación fuerte, la mujer también debía adaptarse a su medio social, el de la patria española y su diversidad regional. Según la condesa, no solo había que rechazar ciertas costumbres extranjeras que no armonizaban con el carácter nacional, sino que también había que españolizar el hogar entero, empezando por la cocina. Había que volver a «la alimentación que sostuvo el vivir de nuestros padres y que siga sosteniendo el de la gente campesina, la gente marinera, el de pastores y ganaderos trashumantes, el que fue impuesto por nuestros recursos y nuestras necesidades locales y regionales, el que nos pone en comunicación con los elementos de nuestra nacionalidad». También había que nacionalizar los jardines y la decoración de la casa. La jardinería española debía inspirarse en las tradiciones nacionales, sobre todo las del Sur: «Desde el tiestecito de albahaca o malvarrosa, hasta las enredaderas trepando por las rejas, no faltó en España, en sus viviendas y patios, la sonrisa de la naturaleza». Y dentro de la casa había que echar a «la hoguera a retablos, imágenes de bulto, cromos y litografías piadosas, y prohibiría como si fuese contrabando, la importación de la purpurina». Había que decorar la casa siguiendo las buenas tradiciones e inspirándose en el arte español, dando a los objetos y utensilios un «aire de una hermosura vaciada en el molde de la raza o inspirado en su tradición»⁶⁸. Y lo mismo se aplicaba a la limpieza. Había que combinar la higiene moderna con las tradiciones nacionales y locales, ya que «cada nación y cada comarca debe higienizarse y sanearse a su modo, que es siempre lo mejor»⁶⁹. Aunque en otros países —Inglaterra con la jardinería y Alemania con la limpieza— estas actividades domésticas llegaron a asociarse con la identidad nacional⁷⁰, los alegatos de Pardo Bazán en favor de la nacionalización del jardín, la decoración y la limpieza no parecen haber tenido mucho eco en España.

Sin embargo, en lo que se refiere a la cocina tuvo más éxito. A partir de la segunda década del siglo XX los libros de cocina empezaron a dedicar más atención a los platos

⁶⁷ BLASCO HERRANZ, Inmaculada, «Mujeres y nación: Ser españolas en el siglo XX», en MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ, Xosé M. (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX* (Barcelona: RBA, 2013), pp. 168–207.

⁶⁸ PARDO BAZÁN, «Conferencia», pp. 99–100.

⁶⁹ PARDO BAZÁN, *op. cit.*, pp. 98–99.

⁷⁰ HELMREICH, Anne, *The English garden and national identity: The competing styles of garden design, 1870–1914* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002); REAGIN, Nancy R., *Sweeping the German nation: Domesticity and national identity in Germany, 1870–1945* (Cambridge: Cambridge University Press 2007).

nacionales, aunque la hegemonía francesa se mantuvo aún⁷¹. Poco a poco surgió también un interés por la cocina de las diversas regiones. Esto tampoco era un fenómeno que se limitara a España. En el país vecino, por ejemplo, a partir de 1921 se publicó *La France Gastronomique: Guides des merveilles culinaires et des bonnes auberges françaises*, un inventario de más de veinte volúmenes de la cocina regional francesa⁷².

Un claro precursor en España fue Manuel Puga y Parga, quien bajo el seudónimo de Picadillo publicó columnas gastronómicas en el periódico *El Noroeste* de La Coruña. Estas formaron la base para *La cocina práctica* (1905), que contó con cientos de recetas. Su amiga Emilia Pardo Bazán escribió en el prólogo que la «cocina de Picadillo es clásica» con «platos del tiempo de mi niñez» y que en su libro no admitía la «monotonía horrible de la cocina francesa vertida al castellano en las fondas»⁷³. Como se dirigía a un público de clases medias provincianas, sus recetas eran sencillas y fáciles de preparar. También recogía platos internacionales como por ejemplo «bacalao al estilo de Milán», «berenjenas à la napolitana», «fritos ingleses de merluza», «salmón al estilo de Génova», algunos de la cocina regional francesa como «pichones a la provenzal» y «chuletas a la lyonesa» y algunos platos regionales de España, como el «bacalao a la vizcaína» y «pescadillas fritas a la andaluza». La gran mayoría de sus recetas no indicaban procedencia geográfica alguna, aunque en la gran cantidad de recetas de pescado y marisco se adaptaba claramente a las circunstancias locales⁷⁴.

Picadillo, por lo tanto, no se propuso expresamente escribir un libro sobre la cocina gallega. En sus textos solo hacía una referencia casual a su región natal muy de vez en cuando, por ejemplo cuando explicaba que la caldereida es «el guiso que preparan los marineros gallegos cuando salen a la pesca en alta mar» o definiendo los cachelos como un «plato puramente regional, *enxebre*, ideado para ser comido al son de la gaita y con acompañamiento de las sardinas frescas de Cayón o de las *revenidas* del Pindo»⁷⁵. Y tampoco era interpretado como tal por Pardo Bazán, ya que la condesa animó al periodista, juez y político coruñés a publicar otra obra sobre la «cocina regional gallega». Aunque actualmente Picadillo es considerado como el padre o maestro de la cocina gallega⁷⁶, nunca llegaría a escribir ese libro.

⁷¹ MARTÍNEZ LLOPIS, Manuel, *Historia de la gastronomía española* (Madrid: Alianza, 1995), pp. 13–22; AGUIRREGOITIA-MARTÍNEZ, Ainhoa, y FERNÁNDEZ-POYATOS, María Dolores, «The gestation of Modern Gastronomy in Spain (1900–1936)», *Culture & History Digital Journal*, 6–2 (2017), pp. 1–11.

⁷² CSERGO, Julia, «L'émergence des cuisines regionales», en FLANDRIN, Jean-Louis y MONTANARI, Massimo (eds.), *Histoire de l'alimentation* (Paris: Fayard, 1996), pp. 823–841.

⁷³ PARDO BAZÁN, Emilia, «Prólogo», en PUGA Y PARGA, Manuel M. (Picadillo), *La cocina práctica* (La Coruña: El Noroeste, 1905), p. IX.

⁷⁴ PUGA Y PARGA, Manuel M. (Picadillo), *La cocina práctica* (La Coruña: El Noroeste, 1905), índice.

⁷⁵ PUGA Y PARGA (Picadillo), *op. cit.*, pp. 33 y 97.

⁷⁶ PARDO BAZÁN, «Prólogo», p. IX; CUNQUEIRO, Álvaro, *La cocina gallega* (Vigo: Galaxia, 2004) p. 51–52.

Encontramos textos más concisos y un estilo menos literario en libros como *El Ámparo, sus platos clásicos* (1930) y *La cocina de Nicolasa* (1933), que recopilaban las recetas de dos de los restaurantes más famosos de Bilbao y San Sebastián. Las hermanas Azcaray y Nicolasa Pradera combinaron la cocina francesa con los platos regionales, pero tampoco incluyeron muchos platos con una indicación geográfica. En *La cocina de Nicolasa*, había por ejemplo algunos internacionales y españoles, como «alcachofas a la catalana», «pollo a la valenciana» y «perdices a la toledana». Y por supuesto, también había algunas recetas «al estilo bilbaíno» o «a la doností». Sin embargo, los nombres de la gran mayoría de los platos solo hacían referencia a los ingredientes principales⁷⁷. Tampoco era presentado como un manual de la cocina vasca, sino como un compendio de recetas asequibles, relativamente fáciles de preparar y a base de productos que se podían adquirir en el mercado local.

Ignasi Domènech publicó los primeros libros que combinaban la cocina internacional con la regional en Cataluña, que fue otra región donde aumentó el número de restaurantes y se desarrolló un mercado para los libros de cocina. Domènech había tenido ya una carrera impresionante como gran chef internacional, colaborando con Escoffier en el restaurante del Hotel Savoy de Londres y como cocinero principal de la embajada británica en Madrid. También era un autor gastronómico prolífico y cuando a principios de los años veinte volvió a su Cataluña natal publicó *La teca, la veritable cuina casolana de Catalunya* (1924), y poco después *Àpats: magnífic manual de cuina pràctica catalana*⁷⁸. Se dirigía expresamente a las amas de casa —«la reina de la llar»— pero suponía que era de una familia adinerada, ya que empezó *La teca* con una breve guía para explicar cómo tenían que servir la comida los criados. En el libro, que sí se presentó como un manual de la cocina regional, el escritor utilizó más referencias geográficas que los recetarios de Picadillo y Pradera. Su libro contenía una veintena de platos «a la catalana» y muchas recetas tenían una denominación más precisa como «sopa de llagosta Costa Brava», «albergínies a la mallorquina», «patatas a l'estil de la Cerdanya» y «bacallà a la manresana». También había recetas tradicionales de pueblos catalanes como «cargos a l'estil de Boada», en la que también añadió algún comentario como: «Boada es un poble de Catalunya on es crien exquisits cargos. La típica recepta que ressenyaré es suculent»⁷⁹.

Lo que en el fondo hacía el autor era seleccionar platos excepcionales locales y al recogerlos en su libro promoverlos como parte integral de una cocina regional catalana. Pero Domènech también incluyó recetas internacionales, sobre todo de Italia y el sur

⁷⁷ PRADERA, Nicolasa, *La cocina de Nicolasa* (Madrid: Saéz, 1965), índice.

⁷⁸ SELLA MONTSERRAT, Joan, «Ignacio Doménech: el cocinero escritor», en: DOMÈNECH, Ignacio, *Cocina de recursos* (Gijón: Trea, 2011), pp. 9–24.

⁷⁹ DOMÈNECH, Ignasi, *La Teca. La veritable cuina casolana de Catalunya* (Valls: Cossetània, 2014) p. 145 e índice.

de Francia, y algunos platos procedentes de los países catalanes como Valencia y las Baleares. Faltaban los del resto de España, por lo que uno se puede preguntar si no veía a Cataluña o los países catalanes como una nación. Sin embargo, durante su carrera también escribió muchos artículos y libros sobre la cocina española, en 1935 dedicaría un libro a la cocina vasca y en 1942, en pleno franquismo, otro a la cocina regional española, así que no parece muy probable que *La teca* sea el libro de un nacionalista catalán⁸⁰.

Un texto más explícito fue el breve prólogo de Gregorio Maraño, el médico y destacado intelectual de la generación de 1914, en *La cocina de Nicolasa*. En él afirmaba que «el auge de las cocinas regionales» era un fenómeno relativamente reciente y que en el caso vasco estaba relacionado con el «crecimiento de San Sebastián y Bilbao, merced a la moda del veraneo y al progreso de las industrias locales». Con su «exaltación del pescado» y su «arte ligero en su preparación», la cocina vasca —a la cual pertenecía en su opinión la de Nicolasa—, junto con la de Andalucía y la de la costa levantina contribuyó a enriquecer la «clásica comida española», que era la de Castilla. Y, según él, esta unidad (nacional) en la diversidad (regional) contribuyó a que en aquel entonces «la cocina de España es una de las mejores del mundo y uno de los blasones más auténticos de su progreso»⁸¹.

Aunque los manuales de cocina de Picadillo, Pradera y Domènech favorecían claramente las recetas locales y regionales, combinaban estas con platos nacionales como «paella a la valenciana» o «tortilla española» e internacionales, lo que en el fondo significó sobre todo francés. En estos textos comerciales el regionalismo no era muy marcado —incluso en *La Teca* la gran mayoría de las recetas no tenía indicación geográfica alguna— y de todos modos no era incompatible con un apego a la nación española y una predilección por las modas internacionales que provenían principalmente de Francia. Como hemos comprobado, la combinación de regionalismo y nacionalismo español era mucho más pronunciada en los textos ideológicos del Doctor Thebussem, Pardo Bazán y Maraño.

En 1929 apareció el primer inventario de la cocina española ordenado por regiones. Es significativo que la *Guía del buen comer español* fuera publicada por el Patronato Nacional de Turismo y que su fin fuera enseñar las especialidades culinarias más apreciadas de cada región a los visitantes que venían de fuera. El autor fue Dionisio Pérez, que también firmó sus artículos gastronómicos con el pseudónimo Post-Thebussem y como tal se convirtió en uno de los autores gastronómicos españoles más influyentes⁸².

⁸⁰ SELLA MONTSERRAT, «Ignacio Doménech».

⁸¹ MARAÑO, Gregorio, «Prólogo», en PRADERA, Nicolasa, *La cocina de Nicolasa* (Madrid: Saéz, 1965), pp. 8–9, 11–14.

⁸² ANDERSON, *Cooking up the nation*, pp. 120–145.

En su guía culinaria, Pérez escribió que en los siglos XVIII y XIX «el paladar de la Nación» se había afrancesado, pero que por suerte se había producido recientemente un resurgimiento de la cocina española, que en el fondo era un conjunto armónico de las gloriosas cocinas regionales. Por lo tanto, los platos hacían referencia a regiones muy concretas, como bacalao a la vizcaína o callos a la andaluza. Otros productos, como los mantecados de Astorga o el queso de Cabrales, venían de una localidad específica. Sin embargo, como su libro estaba ordenado por regiones, cada plato tenía un origen geográfico muy específico. Al igual que los autores que propagaban la arquitectura regionalista, Pérez razonaba que la buena cocina debía ser el producto de las condiciones naturales y las tradiciones locales. La provincia de Cádiz, por ejemplo, con «sus tres zonas marítima, cortijera y serrana posee una cocina tan varia como su naturaleza geológica y topográfica y como sus costumbres diversas y sus modos diferentes». Únicamente la situación de Madrid era diferente. El rey y los nobles seguían las modas extranjeras, mientras que el pueblo «traía a Madrid el gusto y los modos de las regiones de donde procedía. Así, el fogón madrileño ha sido el gran crisol donde se ha forjado, fundido y unificado cuanto llamamos “cocina nacional”». O más bien, habría que decir «la cocina de Castilla la Nueva», ya que la influencia de la capital no era lo bastante fuerte como para imponer sus gustos al resto de país⁸³, como pasaba en Francia.

Pérez también profesó un nacionalismo exaltado, preocupándose sobre todo por fomentar el orgullo nacional entre sus compatriotas. En los primeros capítulos de su libro escribió que durante mucho tiempo —gracias a la influencia árabe y la conquista de América— la española había sido la «cocina más adelantada de Europa» y por consiguiente España había introducido muchos platos y productos en el resto del continente. Incluso en épocas más recientes la cocina francesa había adoptado muchos elementos de la cocina española, como la salsa mayonesa, que provenía de la ciudad menorquina de Mahón⁸⁴. En la revista *Marmitón*, que Pérez publicó a partir de noviembre de 1933, tenía incluso una rúbrica titulada «España ha enseñado a comer al mundo», donde subrayó el papel pionero de España, no solo en la introducción de muchos productos americanos, como la patata, el tomate, el pimiento y el cacao, sino también como origen de muchos platos que ahora formaban parte de la cocina internacional⁸⁵. Después del inicio de la crisis mundial de 1929, la Unión Nacional de Exportación Agrícola le pidió a Pérez que redactara *Naranjas. El arte de prepararlas y comerlas* (1930) para fomentar el consumo

⁸³ PÉREZ, Dionisio, *Guía del buen comer español. Inventario y loa de la cocina clásica de España y sus regiones* (Madrid: Velázquez, 1929), pp. 85–86 y 276–278. Véase también: AFINOQUÉNOVA, «An organic nation», pp. 743–779.

⁸⁴ PÉREZ, *op. cit.*, pp. 18–22 y 33–39.

⁸⁵ Véase también: AFINOQUÉNOVA, «An organic nation», pp. 772–774.

doméstico de esta fruta nacional. Más tarde el autor abogó incluso por celebrar un día nacional del arroz, para así ayudar a los agricultores españoles⁸⁶.

Sin embargo, Pérez no era el único que quería fomentar la producción nacional apelando a los sentimientos patrióticos. En las décadas anteriores ya hubo empresas que empezaron a asociar sus productos con el suelo de la patria. Siguiendo el ejemplo francés, los productores de vinos, quesos y otros alimentos empezaron a juntarse y vender sus mercancías como productos orgánicos de una determinada región, como el vino de Rioja o el queso manchego. Incluso pidieron medidas del gobierno para proteger su marca colectiva, y así, bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera, se empezaron a conceder denominaciones de origen oficiales, como la de Rioja en 1925⁸⁷. De esta manera, también se empezó a regionalizar el consumo.

5. CONCLUSIONES

Hemos podido comprobar que el regionalismo arquitectónico y el culinario son fenómenos modernos. Surgieron hacia finales del siglo XIX en los centros urbanos de la mano de profesionales —escritores, cocineros y arquitectos— que se dirigían a un público de clase media y alta, tanto en su condición de lectores de libros de cocina y de revistas femeninas como de compradores de una casa regionalista. Esto se podría interpretar como una señal de una nueva autoestima regional, o un «renacimiento de las provincias». No obstante, la nueva moda regionalista no surgió de una manera espontánea en algunos centros de provincias, como aún se implica en la mayoría de los estudios existentes; en primer lugar, era el resultado de una nueva moda transnacional. En toda Europa, numerosos intelectuales empezaron a interesarse por la cultura vernácula de las zonas rurales, y la interpretaron como el resultado orgánico de una interacción secular entre la población y su entorno físico. Cada región tenía su carácter o espíritu propio, que había que respetar. Había que hacer un inventario del patrimonio regional, de la cultura popular del campo, las construcciones vernáculas, la artesanía tradicional y los platos caseros. Pero esta cultura popular regional también debía ser respetada por los artistas contemporáneos. Los arquitectos tenían que utilizar materiales locales, técnicas y formas tradicionales e insertar sus edificios en el entorno natural y urbano. Los cocineros debían buscar inspiración en las tradiciones culinarias regionales. Por lo tanto, la cultura regionalista no se limitó —como ya se ha comprobado en otros estudios— a las bellas artes y la literatura, sino que se adentró en la esfera doméstica de millones de españoles. Y esta moda transnacional fue propagada por intelectuales y profesionales cosmopolitas como Ganivet, Rucabado, Pardo Bazán, Domènech y Pérez.

⁸⁶ ANDERSON, *Cooking up the nation*, pp. 139–144.

⁸⁷ GUY, «Regional Food». Para el caso español véase: PAN MONTOJO, Juan, *La vid y el vino en España, 1800–1936* (Madrid: Alianza, 1994), pp. 286–290; GARCÍA DEL CERRO, Carlos y ALONSO MADERO, Francisco Javier, *La Mancha y el queso manchego* (Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1986).

La conexión entre la regionalización del hogar y el proceso de construcción nacional era más obvia en el caso de los textos ideológicos de Pardo Bazán y Pérez, pero también estaba presente en el caso de algunos textos sobre casas regionalistas, sobre todo los que trataban de una ciudad jardín que también estaba destinada a miembros de las clases bajas. Pero por el solo hecho de vincular formas arquitectónicas y platos caseros con tradiciones geográficas, todos estos autores, arquitectos y cocineros promovieron implícitamente la identificación de la esfera doméstica con el terruño de la patria. Además, en casi todos los casos su regionalismo cultural era claramente compatible con un nacionalismo español más extenso. Pardo Bazán y Pérez profesaban incluso un nacionalismo exaltado que precisamente celebraba la unidad en la diversidad. De modo que a partir de finales del siglo XIX el nacionalismo español se introdujo en el hogar, manifestándose hasta en la sopa.

Los lazos de estos autores, cocineros y arquitectos con los diversos movimientos regionalistas no eran muy fuertes, ya que ninguno de ellos era un miembro destacado de una asociación regionalista influyente. Llama la atención que las primeras recopilaciones de cocina regional se publicaron sobre todo en las regiones donde también se desarrollaría un movimiento nacionalista, mientras que en arquitectura el regionalismo tuvo más eco en Andalucía (o Sevilla), Cantabria y el País Vasco. Al parecer, el impulso de unos pocos activistas podía marcar una diferencia crucial.

Con las fuentes utilizadas es muy difícil sacar conclusiones sobre las experiencias individuales o la vida diaria. Sin embargo, está claro que la arquitectura regional era muy popular entre los que se podían permitir una villa en los nuevos barrios suburbanos o una segunda casa en una zona turística. Pero como la arquitectura era una de las bellas artes, los profesionales tenían que ser innovadores y a partir de los años treinta el regionalismo perdió la batalla con la nueva moda transnacional del funcionalismo promovida por Le Corbusier y la Bauhaus. Este no fue el caso de la cocina, que —con la excepción de la alta cocina— era vista como una actividad *amateur*, la de las amas de casa. Para ellas, seguir las tradiciones del terruño o las recetas de la abuela era considerado como una virtud y durante la posguerra se les ayudó en esta tarea con una avalancha de nuevos libros sobre la cocina de las diferentes regiones de España (y el resto de Europa), de modo que la cocina regional se consolidó durante la segunda mitad del siglo XX.